



www.loqueleo.es

© Del texto: 2023, Rosa Huertas

© De las ilustraciones: 2023, Nuria Díaz

© De esta edición:

2024, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-538-6

Depósito legal: M-2833-2024

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: abril de 2024

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Coordinación editorial:

Marta Olivares

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega,

Álvaro Recuenco y Laura Ruiz



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La habitación secreta

Rosa Huertas

Ilustraciones de Nuria Díaz

loqueleg

*A mis maravillosos amigos,
tan raros como los de
la tía Gertrudis.*

*A Mari Mar, por los recuerdos
recuperados.*

Una mala noticia

Tom conoció a la tía Gertrudis durante las vacaciones más especiales de su vida.

7

Cuando sus padres le dijeron que iba a tener una hermanita, no supo qué cara poner. Hasta ese día había sido él y solo él. Todo para Tom: los mimos, los cuentos, los juguetes, la habitación..., la casa entera.

—Tendrás a alguien con quien jugar —le dijo la abuela Mati.

Era lo que se decía siempre, pero sabía que se trataba de una gran mentira. ¿A qué podría jugar con un bebé que solo llora? ¡Con una niña! Imaginaba a sus padres pendientes de la hermanita, mientras que él se quedaba solo en un rincón de su cuarto.

—Cuando llega un niño a casa, los papás pasan de ti —oyó contar a su amigo Felipe, que era el mayor de tres—. Y encima no dejan dormir.

8 Tom callaba cuando alguien le preguntaba por aquel espinoso asunto. Sentía pavor ante la llegada de su hermana. Pero lo que ocurrió superó todo lo imaginable.

—Tenemos un grave problema —le anunció su padre a la salida del colegio, justo el último día de clase antes de las vacaciones.

La cara de papá era un poema, la más seria que Tom había visto nunca.

—¿Qué pasa? —preguntó asustado.

Tom ya solo pensaba en el verano, incluso había olvidado la inminente llegada de la dichosa hermanita.

—La niña va a nacer antes de tiempo —soltó con voz temblorosa.

Nunca había visto a su padre tan preocupado, ni cuando se cayó durante un partido de fútbol y se hizo una herida enorme en la

rodilla. ¡Vaya! Empezaba a darse cuenta de que a papá le importaba más «esa cosa» que todavía no había nacido.

—¿Y mamá?

Aún le quedaba la esperanza de que su madre se preocupase por él.

—Ella está bien, no te asustes.

No estaba asustado, solo un poco enfadado, en realidad muy poco comparado con cómo estaría un rato después.

—El problema es que... —papá dudó— mamá va a tener que estar en el hospital y tu hermana también.

—Iremos a verlas todos los días, ¿verdad?

—Verás, no es tan sencillo. No podremos cuidar de ti durante un tiempo. Así que tendremos que dejarte con alguien mientras todo se arregla. No será mucho, te lo prometo.

Tom suspiró, pero solo para hacerse el interesante. Seguro que lo mandarían a casa de los abuelos. Allí la abuela Mati y el abuelo Paco lo mimarían. No le parecía mal el plan, sería peor

después, cuando regresara a casa con la niña llorona.

—No puedes ir con los abuelos.

Pensó que no había escuchado bien, no era posible. ¡Tenía que ir con los abuelos!

10 —La abuela se ha caído esta mañana por las escaleras y se ha roto una pierna. Tiene que guardar reposo y no puede hacerse cargo de ti.

—Pero el abuelo...

—Bastante tiene él con atenderla a ella —suspiró—. La abuela Mati podría con todo, pero él... No debo añadirle esta carga.

Una carga. Eso era Tom para la familia en aquel momento. Jamás se había sentido así. ¿Qué harían entonces con él? ¿Dejarlo en un orfanato? Había oído que a los niños sin padres los enviaban a lugares horribles, internados donde eran abandonados a su suerte. Las lágrimas amenazaban con desbordar sus ojos. Pero los chicos no lloran, siempre le habían repetido eso, sobre todo el abuelo Paco.

—Solo nos queda una opción. Te llevaré hoy mismo con la tía Gertrudis y pasarás con ella algunos días. Hasta que todo se arregle y podamos volver los cuatro a casa.

—¿La tía Gertrudis?

Tom no había oído nunca hablar de ella. ¿Se la habrían inventado para salir del paso? ¿De verdad sería su tía o solo una impostora? Aquello sonaba fatal.

—Es la hermana del abuelo Paco.

—No sé quién es... ¿Cómo me vas a dejar en casa de una señora que no conozco?

—Es una emergencia —dijo el padre sin mirar a su hijo—. Le hemos pedido el favor y..., bueno..., te quedarás con ella. Lo pasarás bien, vive en un pueblo de las afueras, en una casa muy grande. Podrás jugar con el balón en el jardín.

Lo dijo poco convencido, en realidad nada convencido. Se notaba demasiado, porque la voz le temblaba.

—¡No quiero ir! —chilló Tom.

Tuvo la tentación de tirarse al suelo y patelear. Hacía años que no utilizaba esa treta, pero aquello era una emergencia y no le importaba comportarse como un niño pequeño. Descartó la idea, por si algún compañero de clase o conocido pasaba por allí en ese momento. ¡Qué bochorno! Solo se le ocurrió quedarse clavado en la acera, inmóvil como una estatua.

Dio igual, su padre lo arrastró hasta el coche y lo sentó en el asiento trasero. A su lado vio la maletita roja, donde, sin duda, estaba su ropa y, encima, su inseparable balón.

—¡Quiero ir a casa! ¡Quiero ver a mamá!
—gritaba.

—Hijo mío, lo siento mucho.

Tom fue todo el camino lloriqueando. No le gustaba que lo vieses así y, por suerte, el abuelo Paco no se encontraba presente. Aunque no pudo comprobarlo, su padre también lloraba.

En casa de la bruja

Siempre que lloraba, Tom acababa dormido de puro cansancio; así que, cuando el coche se detuvo una hora después, se despertó de un profundo sueño. No sabía dónde estaba y le parecía que la conversación con su padre solo había sido una pesadilla.

13

Estaban fuera de la ciudad y habían aparcado frente a una casa grande y vieja. La fachada pedía a gritos una mano de pintura y el jardín delantero era una maraña de plantas que se expandían a su aire.

Nadie salió a recibirlos. Papá bajó del coche muy serio, abrió la puerta trasera y sacó la maleta sin atreverse siquiera a dirigirle la palabra a su hijo. El balón rodó fuera del coche y Tom,

que se había apeado con desgana, se apresuró a recogerlo. Cuando levantó la cabeza, un gato negro lo miraba con desconfianza. Bufó y saltó de golpe hasta la rama más alta de un árbol, donde se quedó contemplando al niño.

14 La puerta de la verja de hierro chirrió como si llevase siglos cerrada. Caminaron sobre baldosas sueltas y arbustos que crecían descontrolados.

—Ten cuidado —advirtió el padre—. No vayas a caerte.

—¡Pues no me dejes aquí! —protestó—. ¿Y si me caigo en estos hierbajos mañana o pasado?

El padre resopló, se detuvo, se acercó a Tom y, agachándose hasta quedar a su altura, le habló:

—Ya sé que es difícil para ti. También lo es para nosotros, pero eres mayor y seguro que vas a ser responsable. Confío en ti, hazlo por nosotros, por tu madre y por mí. Lo necesitamos.

Era la primera vez que sus padres necesitaban algo de él. Eso le hizo sentirse importante, aunque le asustó tanta responsabilidad.

Ante la entrada, ambos buscaron el timbre sin encontrarlo, hasta que el padre golpeó con fuerza la enorme puerta de madera. ¿Quién viviría en un lugar así de viejo y abandonado?

La respuesta apareció en el umbral unos segundos después.

15

La tía Gertrudis era una mujer alta, a Tom le pareció una torre con ojos. Delgada y seria, llevaba el cabello recogido con un moño y sus ojos, oscuros y redondos como platos, lo miraban con una mezcla de curiosidad y desprecio.

Tom sintió miedo, un terror indefinible que le hizo dar un par de pasos hacia atrás.

Parecía que entraban en la casa de la bruja de *Hansel y Gretel*, aunque esta no era de chocolate, sino de ladrillos desconchados y sin pintar.

—Así que este es Tomás —soltó una voz que sonaba como un trueno.



Nadie lo llamaba así, aunque fuese su nombre completo, y notó que empequeñecía como una hormiga. Deseó convertirse en un mosquito y salir volando, lejos de la tía Gertrudis.

Tom se aferró a la mano de su padre y no pensaba soltarla por nada del mundo. Entraron en la casa. Por dentro no parecía más alegre que por fuera. El salón era enorme y las paredes se hallaban cubiertas de estanterías repletas de libros polvorientos. Se sentaron en un sofá pasado de moda y lleno de cojines. Desde las paredes y sobre las mesas, varios retratos antiguos los observaban con gesto serio. Le pareció reconocer una foto de sus abuelos, pero mucho más jóvenes. El chico no sabía hacia dónde mirar porque todo le provocaba recelo.

De pronto, el gato negro saltó a su regazo. Tom, asustado, no pudo evitar soltar un grito.

—¡Pirracas! ¡Deja en paz a nuestro invitado o te daré un escobazo!

La tía miró hacia el fondo de la habitación. Allí, apoyada en la pared, descansaba una vieja y

extraña escoba. No era de plástico, como la que había en la cocina de la casa de Tom. Era igual a las que se veían en las películas y en las ilustraciones de los cuentos infantiles, exactas a las que usaban las brujas para volar por encima de los tejados. No le costó imaginarse a la tía subida en una de ellas y surcando el cielo por la noche. Además, ¡tenía un gato negro! A Tom se le puso el vello de punta y el corazón se le subió a la garganta. ¿La tía Gertrudis era una bruja?

Los dos adultos hablaban en voz baja, ajenos a los oscuros pensamientos del chico. Él no los escuchaba: el miedo lo tenía paralizado.

—Sé que mi hijo va a estar aquí muy bien estos días. Espero que no sea una carga para ti, que no estés acostumbrada —escuchó decir a su padre, que se había puesto en pie y lo miraba con ojos tristes.

Tom se agarró con fuerza, esta vez, a la cintura de su padre. No pensaba quedarse allí con la bruja, y estaba a punto de echarse a llorar. Papá se agachó y lo abrazó.

—Tienes que ser bueno —le dijo al oído—. Te prometo que vendré enseguida a por ti. No nos queda más remedio, hijo —suspiró—. Luego tendrás un premio que no te imaginas. ¡Lo que más te guste!

—¿Lo que más me guste?

Los chantajes materiales funcionaban bien con Tom, tan aficionado a los regalos y a las cosas innecesarias como muchos adultos. Mientras se hacía la pregunta en voz alta, su padre se soltó del abrazo y salió por la puerta dejando a Tom solo frente a la tía Gertrudis.

Los dos se miraron con desconfianza y a ninguno pareció gustarle lo que veía. Daba igual que el chico saliera corriendo detrás de su padre: el destino le obligaba a quedarse. Le habían enseñado que los chicos no lloran y se tragó las lágrimas aferrado a su balón. No estaba dispuesto a mostrarse débil, y mucho menos delante de la bruja.

—¿Juegas a otra cosa que no sea al fútbol?

Fueron las primeras palabras que Gertrudis le dirigió.

—También he traído la tableta —dijo intentando aparentar seguridad.

La tía soltó una sonora carcajada que asustó al chico. Sintió que se burlaba de él.

—No me gusta que uses ese chisme, aquí se puede jugar a muchas más cosas. Además, olvídate del móvil: no tengo wifi y hay muy poca cobertura en esta casa.

Lo tendría difícil para enviar mensajes a sus padres y a sus amigos. Se sentía atrapado en una cárcel..., más bien en la guarida de una bruja.

—Ven —le ordenó la tía—. Te enseñaré tu habitación.

Tom la siguió cabizbajo, arrastrando la maleta por el interminable pasillo y aferrado a su balón. No quería una habitación tan apartada porque no le gustaba dormir solo. En casa, dejaba siempre la puerta abierta y así podía escuchar cómo hablaban sus padres en el salón, hasta que se dormía.

La tía Gertrudis abrió una puerta que chirrió como si llevase siglos cerrada, igual que todas en aquella casa.

—Este es tu cuarto, espero que no rompas nada.

Y lo dejó desolado en medio de aquel dormitorio lleno de muebles viejos. La cama era altísima y cuando se sentó en ella resonó tanto como la puerta. Enfrente había un enorme ventanal que daba al descuidado jardín, las ramas de los árboles amenazaban con meterse en la habitación. A un lado se encontraba un mueble escritorio rodeado de estanterías repletas de libros abandonados.

21

—Libros por todas partes —protestó.

Botó el balón varias veces, luego le dio una patada y lo estrelló contra el escritorio, que se quejó con un crujido. Uno de los libros cayó al suelo, levantando una nube de polvo.

—¿Qué pensará esa bruja que voy a romper? Los libros no son de cristal. ¡Menudo rollo! Espero que vengan mañana mismo a buscarme.

Sacó la tableta del equipaje y se puso a jugar. Así se olvidaría por un rato de dónde esta-

ba, pero le duró poco la diversión porque la tía irrumpió en el cuarto como un huracán.

—¡Tomás! ¿Se puede saber qué haces aquí encerrado? ¡Es verano! ¡A la calle!

Casi lo empujó fuera.

22 —Dame ese chisme —le dijo señalando la tableta. La mirada de la tía no admitía discusión—. Te lo guardaré hasta que te vayas, aquí no te va a hacer falta. Hay cosas mucho mejores que hacer. Los niños de ahora tenéis poca imaginación por culpa de esos cacharros. ¡Y encima con el fútbol a todas horas, como si no hubiese más diversiones!

Tom agarró el balón, temía que también se lo arrebatase. ¿A qué jugaría entonces?

—¡Largo! No te quiero ver por aquí hasta la hora de la cena. Y eso será a las nueve.

El chico oyó la puerta a su espalda y se vio solo en medio de aquel jardín destartalado. ¿Qué podía hacer? Solo se le ocurrió dar patadas al balón con rabia, con tanta rabia que en una de esas acabó rompiendo el cristal de una

ventana. Luego, el balón rebotó de nuevo a sus pies. El estrépito le hizo salir corriendo con la pelota entre las manos y con un miedo atroz a las consecuencias.

—Yo no vuelvo hasta las nueve —se dijo en voz alta mientras caminaba en dirección al centro de pueblo.